

*tad y neutralidad* eran dos palabras vacías y significaban otras tantas cosas irrealizables para toda potencia que por razón de su grandeza no pudiera convertir las en sumisión y sacrificio de sí misma. La experiencia demostró que su cálculo era exacto, pero está reservado á Napoleón probar esta verdad hasta la evidencia. Napoleón, que no pierde de vista el objetivo de su actividad futura cuando se le cree todavía ocupado en el objeto presente, siempre bastante seguro para no exigir grandes dotes comunes, había preparado, durante la

guerra de 1805, la guerra contra Prusia, que parecía propiamente emprendida para destruir el sistema de neutralidad: así es que si en diciembre de 1805 parecía probado que no había salvación para los enemigos de Napoleón, en 1806 quedó definitivamente demostrada la imposibilidad de representar el papel de neutrales. Hemos llegado ya á un período en que las violencias de Francia hacen insostenible la última situación en que una nación podía colocarse respecto de ella. Antes de que hubiese terminado la guerra con Prusia, Na-



El archiduque Carlos de Austria.  
De un grabado de F. Green, cuadro original de J. John.

poleson tenía proyectada la destrucción de España. La ruina del más antiguo, leal y desinteresado aliado no solo de Napoleón sino de todos los anteriores gobiernos de Francia, hubo de demostrar al mundo entero que ninguna potencia podía hallar su salvación en la amistad, cuando se encontraba dentro del círculo de los planes del emperador de los franceses. Ni enemiga, ni neutral, ni amiga: ¿qué recurso quedaba, pues, á toda monarquía que no pudiera, como la de Portugal, desalojar su territorio y escapar por mar del azote que devasta la Europa? Debía mantenerse fiel á sí misma (*être soi*), y el ejemplo de Austria demuestra que esto puede hacerse cuando no se pierde ni un momento para remediar males pasajeros causados por un peligro permanente. La previsión pone un límite á las agresiones de una potencia: España estaba destinada á salvar á la Europa, pero aun esta perspectiva de dicha hubiera desaparecido si hubiésemos esperado en ella para adoptar la única actitud que nos convie-

ne. Mis memorias publicadas hace más de un año contienen hechos sobrados para demostrar exactamente las indudables pérdidas que á Francia ha ocasionado la desleal invasión de España y no es necesario que los reproduzca en este lugar. Si se admite que las fuerzas que Napoleón tiene contra nosotros han disminuido en una mitad (y en este cálculo nos quedamos seguramente cortos) y que las de que nosotros podríamos disponer en caso de vernos atacados se han duplicado (lo cual no es un cálculo exagerado), tendremos que la relación de Austria á Francia en 1805 comparada con la de fines de 1808 será de uno á cuatro.»

Metternich consagró una memoria especial á la disminución que, en su sentir, habían sufrido y seguían sufriendo las fuerzas de Napoleón á consecuencia de la guerra de España. Lo que hizo inclinar la balanza en su estudio general fué una circunstancia que no había podido consignar en sus memorias, porque no podía consignar en ningún despacho ni con-

fiar á ningún correo los datos que sobre ella tenía ni las consideraciones que le sugería.

La soberanía universal ó por mejor decir la guerra sin descanso que para ella venía sosteniendo Napoleón y que le embriagaba hasta causarle vértigos no interesaba á nadie más que á él mismo, dominado por insaciable ambición, y á sus panaguados, poseídos de una sed no menos insaciable de poder y de riquezas. No solo los pueblos extranjeros, que formaban el escabel de su grandeza, cuyos ejércitos se desangraban por él, cuyos territorios estaban agobiados de impuestos por causa suya y cuyos gobiernos habían sido derribados ó reducidos á esclavitud y degradados; no solo estos pueblos, decimos, eran irreconciliables enemigos de aquel sistema, por más que le prestaran obediencia, sino que el mismo interés nacional de Francia estaba en abierta oposición con el interés puramente personal y dinástico del emperador; y cuanto más patente se hacía el delirio imperial, ora por la exageración en la elección de objetivos, ora por la brutalidad de los medios escogidos, tanto más claramente debía dejarse sentir este antagonismo y tanto más peligrosos habían de ser los efectos de este sentimiento. Tal era el punto vulnerable que en medio del brillo más alucinador descubrió Metternich en el cuerpo del imperio; y del hecho de que este mal era incurable y, lejos de disminuir, debía ir siempre en aumento, dedujo que todo el sistema estaba atacado de una enfermedad mortal. «Ya no es la nación la que lucha, — añadía en su memoria, — la guerra actual es la guerra de Napoleón; ni siquiera es la de su ejército.» «Desde hace mucho tiempo, vengo señalando la existencia de un partido contrario á la política de conquista de Napoleón, partido que nació, se formó y fué creciendo en silencio, siendo el mismo Napoleón quien le dió fuerza y consistencia. Tales serán siempre las consecuencias de una empresa fracasada, como lo fué la revolución de España en su proyecto y en la ejecución de éste. — Dos hombres ocupan actualmente el primer puesto en la opinión y en la influencia francesas, Talleyrand y Fouché. Antes de que sus ideas y sus intereses les hicieran enemigos, las circunstancias independientes de ellos les habían aproximado, y en estos momentos no vacilo en asegurar que sus fines y sus medios y caminos para llegar á ellos coinciden. Estos ofrecen probabilidades de éxito porque obedecen á los deseos de una nación extenuada de cansancio á consecuencia de no interrumpidos esfuerzos y que retrocede espantada ante lo infinito de la senda que el momentáneo señor de su destino quiere obligarla á seguir; porque obedecen á las aspiraciones de un pueblo que, como cualquier otro, no tiene la menor gana de apoyar, á costa de su sangre y de su riqueza, planes que son puramente personales de su amo y soberano.» A continuación descubría Metternich lo que al oído le habían dicho Talleyrand y Fouché, acerca del descontento que les producía la política de violencia y de crueldades del emperador y acerca de los esfuerzos que entonces estaban haciendo para asegurar el interés nacional de Francia contra el fanatismo dinástico de su soberano. Acerca de la mayor ó menor exactitud de estas afirmaciones nada definitivo puede decirse; pero de todos modos era de mucha importancia el hecho de que el conde Metternich y, por la confianza que éste le inspiraba, el emperador y el conde Stadion creyeran que Talleyrand, el ex-ministro y en lo sucesivo vice-gerente, había dicho en Erfurt al emperador Alejandro: «Señor, ¿qué piensa V. M. hacer aquí? De V. M. depende salvar á la Europa y esto solo lo conseguirá poniéndose enfrente de Napoleón. El pueblo francés es civilizado, su soberano no: el soberano de Rusia es civilizado y su pueblo no, por lo tanto al soberano de Rusia toca ser el aliado del pueblo francés. El Rhin, los Alpes y los Pirineos son conquistas de

Francia; las demás son conquistas del emperador, Francia nada tiene que ver con ellas.» Hablando con el conde Tolstói y con el conde Metternich, Talleyrand nunca había usado más lenguaje que el siguiente: el mismo interés de Francia exige que las potencias que pueden hacer frente á Napoleón se unan para oponer un dique á su ambición insaciable. «La causa de Napoleón no es la causa de Francia: la única salvación de Europa está en la alianza estrecha entre Austria y Rusia.» Si todo esto era cierto, y coincidía con lo que Talleyrand había podido decir acerca de la impresión que con tales discursos había producido en el ánimo flexible del emperador Alejandro, todos los que participaran de las opiniones de Metternich debían acariciar un pensamiento análogo al que animaba á Federico Guillermo II cuando se dirigió en otro tiempo á la Champaña «Finalmente, — decía Met-



Enrique de Kleist.  
De un grabado de Weger, miniatura del año 1801.

ternich al terminar su memoria, — hemos ido tan adelante, que es probable que encontremos aliados en el interior de ese mismo imperio. Estos aliados no hemos de considerarlos como intrigantes venales y de condición baja: hombres que son capaces de salvar á la nación exigen nuestro apoyo, y este apoyo es nuestra misma causa, toda nuestra causa, la causa de la posteridad.» Parecía como si existiera una conspiración de la nación contra el emperador de los franceses, contra el corso, dispuesta, á la primera derrota de sus armas, á hacer volar hecha pedazos toda su majestad, y por esto cuando al levantarse en armas el Austria todos los pueblos se alzaron y Rusia permaneció por lo menos sin moverse, todo parecía indicar que el más atrevido plan de guerra que hasta entonces concibiera un ministro austriaco comenzaba bajo los mejores auspicios. El conde de Metternich, á lo menos, lo consideraba así, y antes de que comenzara la lucha no abrigaba ninguno de los temores que después de la acción decisiva tan gravemente pesaron sobre su alma. En aquellos días en que á cada hora esperaba la noticia de la marcha de avance del archiduque Carlos, en 3 de abril de 1809 envió un despacho á Viena (1), cada una de cuyas líneas indicaba su firme creencia en la victoria. ¿Y por qué no había de tener esta fe en el genio militar del archiduque Carlos y en lo in-

(1) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2, 293-298. Véase también *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 49-50. La copia que del documento me he proporcionado difiere en algunos puntos del texto de la primera obra citada.



vencible de la cólera de un pueblo levantado en armas cuando de ella estaban poseidos entonces todos los patriotas? Los párrafos que en París firmaba á vuela pluma y con el corazón agitado, cuando precisamente creía ver brillar á los rayos del sol, que iluminaba la primavera de los pueblos, la espada de la venganza que había de echar abajo todo aquel edificio de mentiras y de violencias, nos dan la medida de las esperanzas y satisfacciones de victoria que desde sus primeros pasos despertó el avance de las milicias austriacas. Nunca en su vida volvió Metternich á escribir y á sentir lo que entonces. «Por vez primera, — leemos no sin asombro, — Napoleón emprende una lucha gigantesca con fuerzas insuficientes que espera duplicar por medio de la mas extraordinaria rapidez: preparémonos, pues, á recibir rudos é inesperados golpes; opongamos á la suya la mayor rapidez por nuestra parte, no nos dejemos desorientar por golpes aislados, tanto mas peligrosos cuanto mas atrevidos: hagamos nuestras, desde el primer cañonazo, todas las ventajas de la ofensiva; procuremos que nuestra voluntad aspire á lo supremo y que no se limite á este ó á aquel triunfo, procuremos alcanzarlos todos. Tengamos siempre la espada en una mano y el ramo de olivo en la otra, dispuestos á entrar en negociaciones, pero no negociemos avanzando. Así procede Napoleón, ¡ojalá que al fin encuentre enemigos que le hagan la guerra como la haría él en su lugar! Los medios para luchar son iguales por ambas partes y la opinion de los pueblos está con nosotros, ¿por qué no ha de estarlo también la victoria? — Combatamos al enemigo con sus propias armas, devolvámosle sus propias balas; destruyamos la falsa apariencia, el espejismo que hasta ahora tanto han aprovechado á su causa. O le aniquilaremos ó dejaremos de existir. La historia de las últimas guerras solo victorias ofrece á los ojos del espectador vulgar; mas para el observador ilustrado contiene no menos ocasiones propias que los adversarios de Napoleón desperdiciaron y no pocos ejemplos de desfallecimientos de parte de éstos cuando mas crítica era su situación, de golpes de audacia temerarios, y contrarios á toda regla realizados por Napoleón y de resistencias cobardes, perezosas ó miserables de los aliados. No olvidemos que nuestra salvación está en apreciar en su justo valor el primer choque afortunado y en perseverar lealmente en la empresa. — El carro anda contra la voluntad y contra los mas vivos deseos del emperador y los mismos que lo han empujado pueden llegar á ser en definitiva víctimas de su conducta insensata é inmoral. Esto no lo conseguiremos si no atacamos inmediatamente al enemigo, con sus propios medios y con sus mismas armas. Desde hace mucho tiempo esta es la vez primera que somos fuertes por nosotros mismos: seámoslo completamente; hagamos uso de nuestra fuerza, aprovechémonos de ella, y no olvidemos que el año 1809 ha de ser ó el último de la antigua ó el primero de una nueva era (1).»

La dirección militar del archiduque Carlos no anunciaba el menor destello del genio que las circunstancias exigían y que el mundo esperaba de este personaje, sin sospechar que el generalísimo del ejército mas brillante de cuantos Austria había puesto en pie de guerra seguía aferrado á una estrategia cada día mas anticuada, que nunca podía dar por resultado una victoria positiva cuando se pusiera en práctica enfrente de Napoleón. El lenguaje que el archiduque usaba en una orden del día al ejército, fechada en 6 de abril, y en el «llamamiento á la nación alemana» no carecía de energía ni de confianza. Decía á sus soldados: «La libertad de Europa se ha refugiado bajo vuestras banderas; vuestras victorias romperán las cadenas que la oprimen, y vuestros hermanos

(1) Véase la parte primera.

alemanes que hoy se encuentran en las filas enemigas ansían su redención.» A los alemanes les decía: «Nuestra causa es la causa de Alemania. Con el Austria la Alemania era feliz é independiente y solo con el auxilio del Austria puede reconquistar su independencia y su felicidad. ¡Alemanes, apreciad bien vuestra situación, aceptad la ayuda que os ofrecemos! ¡Contribuid á vuestra salvación (2)!» La sublevación que estalló en el Tirol cuando en 9 de abril los austriacos del general Chasteler penetraron en el valle de Puster y el posadero de Passeyr, Andrés Hofer, con sus tiradores montañeses se preparó á hacer frente á los bávaros, hubiera podido ser la señal de un levantamiento que se extendiera por toda Europa si el grueso del ejército, que por orden del archiduque Carlos pasó el mismo día 9 de abril el río Inn entre Scharnding y Braunau, no hubiese perdido miserablemente el tiempo desde el primer día de la campaña y no hubiese cometido desaciertos y sufrido por tanto continuos reveses. Por espacio de ocho días estuvo el archiduque con sus seis cuerpos de ejército reunidos casi sin hacer nada contra las dispersas columnas enemigas, que Berthier había lanzado sin plan y sin concierto, cuando hubiera podido, aprovechándose de su aislamiento, caer sobre ellas y derrotarlas. Así las cosas, Napoleón, que en 12 de abril había recibido en París la noticia telegráfica de la explosión de la guerra, «con la rapidez del rayo» se presentó el día 17 de abril en Donauworth y el 18 en Ingolstadt, é inmediatamente la situación cambió por completo. El 19, el archiduque Carlos decidió atacar al mariscal Davout, que desde Ratisbona marchaba sobre Neustadt para reunirse con los bávaros, que estaban en Abens á las órdenes de Lefebvre. En su consecuencia trabóse un sangriento combate que costó á los austriacos 5,000 hombres y terminó con la victoria de los franceses, que pudieron entonces reunirse con los bávaros. El resultado de esta primera tentativa de ataque quitó al archiduque Carlos las ganas de emprender otro, pero tantos y tan rudos fueron los golpes que sobre él descargaron los franceses; que llegaron á sacarle materialmente de tino. A los pocos días, su ejército, á pesar de haberse defendido heroicamente, había sufrido tan enormes pérdidas, que huyó á la desbandada. El día 20 de abril trabóse la primera acción decisiva. Al llegar á Abensberg, Napoleón, que había reunido 150,000 hombres, resolvió separar al ejército austriaco en dos partes, proyecto que llevó á cabo cayendo con impetuosa furia sobre los dos cuerpos del archiduque Luis y del general Hiller, mientras Davout tenía entretenidos á los ejércitos de Hohenzollern, Rosenberg y Lichtenstein. El en persona dirigió el ataque principal al frente de los bávaros y de los wurtembergueses, á los cuales arengó recordándoles que él era el patrono de sus patrias y de la causa de la «Confederación alemana (3).» Con esto contestaba al llamamiento hecho por los austriacos y calculado sobre la idea de que los alemanes meridionales desertarían, teniendo Napoleón el gusto de hacer traducir al alemán por el príncipe heredero Luis de Baviera — cuya hostilidad conocía perfectamente — las palabras que dirigió á los oficiales wurtembergueses y bávaros (4). La exageración de la hostilidad que se creía profesaban hacia Francia los alemanes del Sur, y acerca de la cual el conde Federico Stadion, embajador austriaco en Munich, había enviado á Viena noticias tan satisfactorias como equivocadas, fué el primero de los errores de la política guerrera de palacio (5). El ata-

(2) Hausser, tomo III, págs. 277-278.

(3) *Corresp.*, XVIII, pág. 491.

(4) *Corresp.*, XVIII, pág. 501.

(5) Véanse sus memorias de 1807 á 1809 publicadas por E. Wertheimer en el *Archivo para la historia de Austria*, tomo LXIII, Viena, 1882, págs. 147-238. En 9 de marzo de 1809 escribía todavía: «Nunca han

que de Napoleón contra el ala izquierda de los austriacos se vió coronado por el éxito mas completo. Napoleón persiguió á los que había derrotado el día 21 hasta Landshut sobre el Isar; apoderóse del depósito principal de víveres y de armas que en esta villa tenían, y se encaminó el día 22 hacia el Norte en dirección á Eckmühl, donde en aquel mismo día y después de un sangriento combate rechazó hasta Ratisbona al grueso del ejército del archiduque Carlos, á cuyos tres cuerpos ya citados se había unido recientemente el cuerpo bohemio del general Kollowrat. El día 23 fué tomada por asalto Ratisbona, viéndose el archiduque obligado á internarse en Bohemia con los restos de sus cuatro cuerpos derrotados. En la tarde del mismo día en que se trabó la batalla de Eckmühl, el archiduque había escrito al emperador Francisco, diciéndole que ya que todo el éxito de la guerra estaba calculado sobre la base de una primera victoria y que ésta no se había conseguido, el emperador podía, en su sabiduría, meditar si sería mas prudente intentar una conciliación antes de que el enemigo invadiera los territorios austriacos y mientras las ventajas conseguidas en Italia y la posesión del Tirol ofrecían aun materia para un arreglo (1). A esto contestó el emperador, á quien tales sucesos no habían conmovido grandemente, que no podía creer que su fuerza hubiese decaído hasta el punto de tener que hacer por sí mismo proposiciones de paz, pero que á pesar de esto facultaba al archiduque para tantear el terreno, en lo que posible fuera, sin que resultara lastimada la dignidad del emperador. Entonces el archiduque, que entretanto había pasado la frontera bohemía, envió el día 29 á Napoleón desde su cuartel general de Neumark, entre Cham y Klattau, una carta, tan insustancial en el fondo como desprovista de dignidad en la forma, carta que revelaba una vergonzosa contradicción con el lenguaje del manifiesto de abril (2) y que por lo mismo no mereció los honores de la contestación. La derrota sufrida por el archiduque en el Danubio destruyó los sueños que pocas semanas antes se habían forjado sobre el levantamiento de los pueblos y echó abajo todos los preparativos aislados que se habían hecho, contando con la victoria y con el irresistible poder de los primeros triunfos. Tal fué la suerte de la conjuración de Dornberg en Kurhessen y de la expedición de voluntarios que en 28 de abril había emprendido el héroe mayor Schill (3). El día 13 de mayo entró de nuevo Napoleón en Viena, y el día 17 el cuartel general del archiduque Carlos, que con cinco cuerpos de ejército se encontraba en Marchfeld, resolvió, en vista del dictamen del general Wimpffen, jefe de estado mayor (4), no molestar á los franceses de la orilla derecha del Danubio, «por mucho que fuera de desear el dar un golpe rápido que justificara las ardientes esperanzas del mundo entero.» Esta empresa era demasiado atrevida y para ella los austriacos estaban poco preparados: las condiciones de la orilla derecha del Danubio ofrecían grandes ventajas al enemigo, el cual podía esperar, seguro de la victoria, que los adversarios pasaran el río, pero no permanecer mucho tiempo en el sitio que ocupaba. Fabio había salvado á Roma y Daun salvó al

sido mas favorables los elementos para una empresa del ejército real é imperial: éste encontraría ahora una resistencia muy débil, víveres de sobra y dinero en abundancia, los ánimos extraordinariamente propicios, en una palabra, cuanto se necesita para comenzar una guerra con fortuna y muchos medios para continuarla felizmente.»

(1) *Memoria del conde Hardenberg*. Pesth, 7 de noviembre de 1809.

(2) Hausser, tomo III, pág. 341. El original francés de esta carta se encuentra en un apéndice del antes citado despacho del conde Hardenberg con la siguiente nota: «Esta carta ha sido redactada por el general Grünne.»

(3) Hausser, tomo III, pág. 323.

Beer, págs. 383-384.

Austria, no por medio de una acción precipitada, sino procediendo con calculada lentitud, y era preciso seguir estos ejemplos. «Los recursos de que disponemos son grandes y los tenemos cerca, cuando el enemigo está á mucha distancia de los suyos. Conservando la orilla izquierda del Danubio defendemos la parte mas importante de la monarquía; cambiando de orilla, saldríamos indudablemente perdiendo. Nuestra caballería está debilitada, nuestros caballos extenuados, nuestra artillería y nuestro tren están en muy malas condiciones; una tercera parte de nuestra infantería es inexperta, los soldados están rendidos á consecuencia de continuas marchas; faltan muchos generales y oficiales de estado mayor, y el orden y la disciplina están quebrantados.» Así juzgaban á este ejército, cuatro días antes de la gran batalla de dos días, que lo cubrió de gloria, unos generales que seguramente ignoraban lo que sus soldados podían, que todavía creían que la inacción era una manera de ganar tiempo y que los puntos estratégicos eran de un valor absoluto, al lado de los cuales nada significaba la decisión táctica. En los dos sangrientos combates que en los días 21 y 22 de mayo se trabaron junto á las aldeas de Aspern y Essling, la abnegación y la audacia increíbles de las tropas fueron las únicas que excitaron la admiración del mundo, mientras que los generales no hicieron nada que mereciera alabanza: antes al contrario, puede formularse con toda formalidad la siguiente pregunta: ¿por qué los que dirigieron la acción no trataron siquiera de impedir la arriesgada empresa de los franceses de pasar el río y apoderarse anticipadamente de las dos citadas aldeas, que luego hubieron de ser tomadas por asalto entre torrentes de sangre, despues evacuadas y asaltadas de nuevo? «El Bisamberg es la clave de toda la situación,» tales fueron las palabras con que el archiduque Carlos destituyó en 20 de mayo al capitán conde de O'Donnell cuando recorrió las avanzadas de la orilla izquierda del Danubio. Si realmente comprendió, como de la anterior manifestación evidentemente se desprende, que el Bisamberg, — montaña situada al Norte del Marchfeld, — era el punto estratégico dominante, esto explicaría por qué no pensó en oponer ningún obstáculo á los franceses cuando pasaron el río desde la isla de Lobau: así se comprenderían también los datos según los cuales el archiduque no quería, en 21 de mayo, librar una batalla sino emprender la retirada al Bisamberg, y ordenó, el día 22, la retirada en el momento en que los franceses comenzaban á ceder y cuando era imposible suspender el combate (5). En vista de esto, no creemos oportuno continuar la descripción tan conocida del ataque decisivo que dió el archiduque Carlos empuñando la bandera del regimiento de infantería de Zach, por mas que el extraordinario valor personal que en aquella ocasión desplegó está fuera de toda duda y enardeció á sus extenuadas tropas.

La retirada forzosa de los franceses á Lobau, despues de la sangrienta batalla del 22 de mayo, fué un gran triunfo debido al tenaz é irresistible valor de la infantería austriaca; mas para que de ella resultara una verdadera victoria hubie-

(5) F. Gentz, según las manifestaciones del conde O'Donnell. *Diarios*, julio de 1809. Leipzig, 1873, tomo I, pág. 83. Concuerda con esto lo que un autor hace decir al conde Hardenberg en un despacho fechado en Pesth, en 25 de julio de 1809: «Puedo asegurar que el archiduque no quería aceptar la batalla del 21 de mayo sino por el contrario retirarse, y que solo ante las exhortaciones de los generales que le acompañaban se decidió á marchar contra el enemigo; mas aun, en la tarde del 22 de mayo y en el momento de los últimos ataques impetuosos de los franceses quería dar orden de retirada, y la hubiera dado si sus generales, especialmente el príncipe Juan Lichtenstein, no le hubiesen casi obligado á no abandonar una victoria asegurada.» Las palabras de Gentz son: «Sabemos que se ha visto obligado por fuerza (*le couteau à la gorge*) á librar y á ganar la batalla de Aspern.»